

Verde y Gris

Jorge González Reymond © 2016

Mi guarida

Mi refugio del bosque sigue allí,
al final del camino de la lluvia
que silencia el canto de la tierra.
Sus bodegas siguen llenas de añoranza
su paredes taciturnas
almacenan el hastío de una brasa
que rehusa estar tan lejos de tu piel.
La oquedad de mi camino me supera
y encadeno el minuterio del reloj
pero el tiempo se escabulle entre las hojas
y otra vez llega febrero y yo sin ti.



Irreal

Para una vez que te encuentro
nos separan tantas cosas
que es una pena que nunca te podré alcanzar.
Fue tan lindo amanecer a tu lado
y descubrir tu perfección mientras dormías.
Eres tan inalcanzable que quizás no valga la pena
seguir pensando en ti.
¿Pero cómo le explico a mi corazón
todo lo que nos separa,
acaso puedo pedirle a Dios
que me haga el milagro de que seas para mí?
sería más fácil que el sol dejara de brillar.
Para una vez que te encuentro
y me devuelves la fe en el amor,
te separarás de mí y como siempre
volveré a tragarme lo que siento,
pero esta vez, nunca sabrás que te ame.



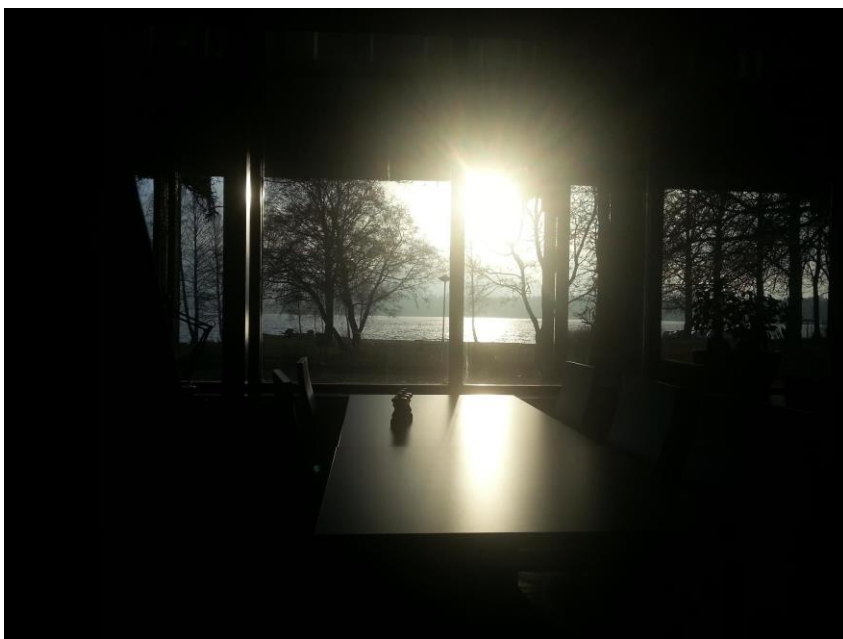
Verde y Gris

Con la tenue esperanza con que existe el futuro
se funde entre nosotros un horizonte gris.
Y el verdor de tus besos me hace sentir seguro
Y la paz de tus brazos me hace sentir feliz
Yo sigo tras mi sombra ya sin saber por qué
mil frases en mi mente no logro conciliar,
verdes como los sueños que un día realicé,
grises como los años que trato de olvidar.



luz en las sombras

Cuando la luz se diluye entre las sombras
hay una mesa vacía
esperando a que se ponga el sol.
No hay rostros mirándose a los ojos,
no existe el horizonte
y sin embargo se oyen voces de ilusión
que llegan desde tedio del mar.
A veces no soporto tu distancia
que ya no se si medir en años luz
o en años oscuridad.



La vieja ciudad

Una ciudad se funde en el tiempo,
adoquines que un día fueron rojos
siguen siendo los únicos testigos
de tanta belleza manchada de tanto horror.

Iglesias, castillos y palacios
entretejen episodios en las callejuelas
y épocas en las memorias
que la nieve y el tiempo
no han logrado borrar
esa es nuestra ciudad vieja.



La boda cristiana

Noventa cabellos rubios
son oídos tras el ruido de una copa
bajo un cielo tan azul y un sol tan amarillo
que se confunden con la cruz de una bandera.

Ni una sola nota discordante
en las miradas que rebotan en los muros
que se alzan, cuan fronteras
de una vida que se impone feliz.

Y unas manos invisibles tan lejanas,
van tejiendo con esmero aquella alfombra
que sin verla pisarán.



El último tren

Dos rieles cansados de tanto esperar
han visto la vida correr sobre sí.
Un camino de dinero y nieve,
un siglo de campanas y silbatos.
Que suerte la de un tren que va a un museo
sin que nadie jamás le pueda desgazar.
Y que nostalgia cruel el descubrir
una rueda que no volverá a girar
Porque el tiempo es implacable y no perdona;
ni siquiera a un viejo metal.

